

**GERALD EL DURRELL**  
**ARCA SOBRECARGADA**



Es la crónica de un viaje de Gerald Durrell a la selva de Camerún llevado a cabo con el fin de reunir animales de las especies más características de esa región. La expedición proporcionó al autor y a su compañero, el naturalista John Yealland, la ocasión de entrar en contacto, no con el África del hombre blanco cruzada por carreteras y privada de su flora y de su fauna por la destructora influencia de la civilización, sino «con una de las pocas partes del continente que habían escapado a este sino y seguía más o menos como estaba cuando se descubrió África por primera vez». Magníficas descripciones de la selva ecuatorial y de muy diversas manifestaciones del comportamiento animal alternan con el relato de múltiples peripecias protagonizadas por los expedicionarios en este libro.

*para*  
**JOHN YEALLAND**  
*En recuerdo de aves, animales y*  
*la carne que no poder morir*

# EL ARCA SOBRECARGADA

Gerald Durrell

«Vinieron, pues, con Noé al arca de dos en dos  
de toda carne en que había espíritu de vida».

Gén VII, XV

## Agradecimientos del Autor

John Yealland y yo deseáramos dar las gracias a las siguientes personas, las cuales, mientras estuvimos en el Camerún, nos ayudaron y aconsejaron de muchas formas.

De la United Africa Company: al señor Baker y al señor Milsome de Mamfe, y al señor Coon, de Victoria, que se ocuparon de los numerosos problemas de suministro y transporte.

A los representantes de Elders y Fyffes en Victoria y Tiko, que nos ayudaron a obtener pasajes de vuelta para nuestros animales y para nosotros mismos, y al capitán y la tripulación del barco en el que hicimos el viaje de regreso, que hicieron todo lo que pudieron para que el viaje nos resultara agradable.

A los diversos encargados de distrito del Camerún, que nos ayudaron de muchas maneras, y en especial al señor Robins, encargado de distrito de la División de Mamfe, que se esforzó por resolvernos las dificultades.

Tenemos una gran deuda con el reverendo Paul Schibler y su mujer, de la Misión de Basle en Kumba, quienes tal vez hicieron más que nadie para ayudarnos con nuestro trabajo cuando estuvimos con ellos en Kumba.

También nos gustaría dar las gracias a todos los africanos —servicio personal, cazadores, guías y porteadores—, sin cuya labor y ayuda poco habríamos conseguido.

Por último, quisiera dar las gracias a la señorita Sabine Baur por las molestias y el esmero que ha tenido con las ilustraciones para este libro, y a mi mujer, que ha contribui-

do a la preparación del manuscrito y que asumió con valentía la peligrosa tarea de criticar mi obra.

## Unas palabras de antemano

Esta es la crónica de un viaje de seis meses para recoger animales vivos que mi compañero y yo hicimos a las grandes junglas del Camerún, en África Occidental. Teníamos dos razones para emprender ese viaje: en primer lugar queríamos reunir y traer vivos algunos de los fascinantes animales, aves y reptiles que viven en esa región; en segundo lugar, los dos soñábamos desde hacía tiempo con ver África: no el África del hombre blanco, con sus carreteras de asfalto, sus bares, sus trenes expresos que atraviesan rugiendo un paisaje privado de su flora y su fauna gracias a las beneficiosas influencias de la civilización. Queríamos ver una de las pocas partes que quedan del continente que había escapado a este sino y seguía más o menos como estaba cuando se descubrió África por primera vez.

Este iba a ser nuestro primer viaje para capturar animales. El interés de John Yealland se centraba en las aves, mientras que el mío recaía en los mamíferos y los reptiles. Habíamos planeado y financiado juntos el viaje: para una aventura como esta se necesita mucho capital, ya que no se recibe financiación de los zoológicos para los que se trabaja. Sin embargo, colaboran como pueden y ofrecen listas de los especímenes que desearían obtener de la región a la que uno va a ir, de modo que antes de empezar se sabe qué animales hay que conseguir especialmente.

Se ha escrito mucho sobre la captura de animales salvajes y la mayor parte de lo escrito da una imagen muy falsa de ello. Uno no se pasa todo el viaje jugándose la vida



veinte veces al día ante tribus hostiles o animales feroces; por otra parte, tampoco consiste en quedarse sentado el día entero en una silla y dejar que los «negros» hagan todo. Como es lógico, al hacer este tipo de trabajo se corren algunos riesgos, pero se han exagerado mucho: nueve de cada diez veces los peligros que uno se encuentra se los ha buscado él mismo. Sin la ayuda de los nativos habría pocas posibilidades de capturar a los animales que se desea, pues ellos se conocen la jungla, por haber nacido en ella; sin embargo, una vez capturado el animal es tarea de uno mantenerlo vivo y en buen estado. Si esta parte del trabajo se les encomendase a los nativos se regresaría con poquísimos ejemplares vivos. El noventa por ciento del tiempo se emplea en cuidar a las capturas y el tiempo restante en recorrer kilómetros por la selva persiguiendo a algún animal que se niega a ser atrapado. Pero al escribir un libro sobre un viaje de capturas de animales se tiende naturalmente a destacar los momentos interesantes más que el aburrido trabajo de rutina. Al fin y al cabo no se trata de escribir doscientas cincuenta páginas sobre cómo se limpiaban las jaulas de monos, o se curaban las diarreas, o cualquiera de los quehaceres que se tenían que llevar a cabo todos los días. Así que si las páginas siguientes contienen principalmente descripciones de las aventuras más interesantes que corrimos, eso no quiere decir que no hubiera momentos aburridos y desagradables en que el mundo parecía estar lleno de jaulas sucias o especímenes enfermos y uno se preguntaba por qué diablos había hecho este viaje.

Por último, me gustaría eximir a mi compañero de toda culpa por endilgarle esta historia al público. Tras haber sufrido mucho en el trópico gracias a mí ahora tiene que sufrir una vez más en letra impresa; no me cabe la menor duda de que lo hará con su habitual sosiego. Pero me gustaría dejar constancia de que cuando le dije que estaba escribiendo un libro sobre nuestro viaje declaró lo siguiente:

«Acepta mi consejo, muchacho —dijo con toda seriedad—,  
y *ni se te ocurra...*».

## Preludio

El barco se abría paso a través de la niebla matinal por un mar liso como la leche. Un olor débil y excitante nos llegaba desde la orilla invisible, un olor a flores, vegetación húmeda, aceite de palma y mil aromas diversos y embriagadores extraídos de la tierra por el sol naciente, un nimbo de luz pálido y de aspecto húmedo que se veía difusamente a través de las brumas. Al ir subiendo cada vez más, el calor de sus rayos penetraba y debilitaba la capa de niebla que cubría tierra y mar. Lentamente iba ascendiendo hacia el cielo en largas columnas que se retorcían letárgicamente y poco a poco la bahía y el litoral se hicieron visibles y me ofrecieron mi primera visión de África.

Por las aguas relucientes había diseminado un puñado de islotes, cada uno de los cuales era una masa de vegetación en forma de cono, tan sobrecargados que daban la impresión de que se iban a volcar en el agua bajo el peso de esta torre trepadora de hojas. Detrás de ellos el litoral ascendía, cubierto con una manta espesa e ininterrumpida de árboles, hasta donde, borroso y gigantesco, se agazapaba el Monte Camerún, dorado por la luz de la mañana. Los colores de este paisaje, tras los pálidos tonos pastel de Inglaterra, parecían excesivamente brillantes, casi chillones, y dañaban los ojos con su fiera intensidad. Sobre las islas giraban bandadas de papagayos grises con vuelo poderoso y veloz y sus gritos y silbidos de payaso llegaban débilmente hasta nosotros. En la estela reluciente del barco dos milanos reales marrones daban vueltas buscando ansiosos algo

comestible, y de los jirones de niebla que aún quedaban y que iban subiendo hacia el cielo surgió de pronto un buitre palmero, grande y airoso, con un brillante plumaje blanco y negro. Por encima de todo esto, de la tierra y el mar entrevistos difusamente a través de la niebla movediza y cambiante, estaba el mágico olor que ya habíamos percibido, pero ahora era más fuerte, más rico, embriagador por su promesa de junglas, exuberantes marismas llenas de cañas y anchos y mágicos ríos bajo un dosel de árboles.

Atracamos como en sueños y regresamos bruscamente a la realidad a causa de media hora desquiciante que pasamos con la Aduana, tratando de explicar nuestro excéntrico equipaje. Por fin nos encontramos corriendo por la carretera que llevaba a Victoria, un camino de tierra roja bordeado de setos de hibisco cargados de flores y matorrales de la dorada, plumosa y acre mimosa. Llegamos a la pequeña posada blanca de la colina donde íbamos a vivir una semana y nos dispusimos a mirar los alrededores. Teníamos mucho que hacer y en cualquier otro lugar probablemente habría resultado irritante: tal y como fueron las cosas, nos entrevistaron, nuestros papeles fueron sellados, compramos enormes cantidades de provisiones, cenamos con una serie de personas amables, nadamos en el mar e hicimos muchas otras cosas en una especie de trance onírico. En todos los sitios a los que íbamos había algo nuevo que ver. La dispersa ciudad estaba situada a lo largo de la bahía, llena de palmeras susurrantes, hibiscos y setos de buganvilla brillantes de flores y en cada recinto y jardín crecían sosegadas hileras de cañas de India, como vívidas llamas en delgados candelabros verdes. Era un lugar encantador, pero así y todo anhelábamos que llegara el día en que emprenderíamos el viaje hacia el interior. Por fin amaneció ese día.

Habíamos dado órdenes de que el camión llegara a la posada a las siete y media para cargar y hacia las ocho y media pensábamos que ya estaríamos en marcha. Era más que evidente que en lo referente a África éramos unos no-

vatos. A las diez estábamos dando vueltas en torno a nuestra montaña de equipaje en la veranda, maldiciendo y rabiando con impotencia, oteando la carretera en busca del ausente camión. A las once apareció una nube de polvo en el horizonte y en medio de la misma, como un escarabajo en un torbellino, estaba el camión. Se detuvo debajo con un chirrido y el conductor se apeó. Advertí que había una serie de curiosos pasajeros sentados en la parte trasera, unos doce, charlando alegremente entre sí con sus cabras, gallinas, sacos de ñame, calabazas de vino de palma y otras necesidades para el viaje extendidas a su alrededor en el camión. Bajé como un huracán para hablar con el conductor y entonces descubrí que es mejor no preguntar por qué llega tarde un camión en el Camerún: se me ofrecieron por lo menos seis razones distintas, ninguna de las cuales convenció a nadie más que al conductor. Dejando este tema con prudencia, pasé al de la gente de la parte de atrás del vehículo. Se reveló que esta era la mujer del conductor, aquel era el primo de la mujer del conductor, el otro era el padre del mecánico y la de más allá era la suegra del mecánico, etc. Tras una larga discusión, cuya estridencia e incomprendibilidad no podrían haber sido igualadas por ninguna raza del mundo, se los sacó de allí, junto con sus enseres y ganado. El conductor tuvo entonces que dar la vuelta al camión para cargarlo y mi fe en su capacidad se vino bruscamente abajo cuando se metió dos veces marcha atrás en el seto de hibisco y una en la pared de la posada. Luego nuestro equipaje fue cargado a una velocidad y con una falta de cuidado que aterraban, y mientras miraba me pregunté qué quedaría intacto de nuestro equipo al llegar a Mamfe. No tenía por qué haberme preocupado. Más tarde se descubrió que solo se habían roto las cosas más indispensables e insustituibles.

Durante mi conversación con el conductor y mi cuidadosa investigación genealógica de los pasajeros, John se había quedado al margen. Ahora, cuando el estruendo se

aplacó, se acercó a la parte delantera del camión y descubrió algo que le hizo mucha gracia. Encima del parabrisas, con grandes y desiguales letras blancas, habían escrito EL GODSPEED... VICTORIA A KUMBA<sup>[1]</sup>. Le pareció divertido que un camión con un nombre tan imponente llegara con dos horas y media de retraso. No descubrimos hasta más tarde el tipo de enorme eufemismo que era en realidad aquel nombre. A las doce estábamos en marcha, volando por las calles de Victoria envueltos en una nube de polvo y gallinas asustadas, mientras el motor del «Godspeed» rugía valientemente para tratar de hacer honor a su nombre.

Casi nada más salir de Victoria se empieza a subir en una serie de curvas suaves por unas plantaciones de palmeras en apariencia interminables. Llevábamos recorridos unos quince kilómetros y estábamos empezando a acomodarnos. Encendimos unos cigarrillos y, cuando estábamos discutiendo sobre cuánto tardaríamos en llegar a la auténtica selva, el motor soltó un hipo repentino, se recuperó, volvió a hipar y luego, despacio y como pidiendo disculpas, se apagó. Nos detuvimos con suavidad.

—Campamento Número Uno —dijo John, contemplando las interminables hileras de palmeras que nos rodeaban, en filas apretadas, cuyas hojas colgantes susurraban a la menor brisa.

Todo el mundo se reunió en torno al motor, hablando todos al mismo tiempo y quemándose los dedos al señalar lo que estaba estropeado. Al cabo de una media hora el motor desmembrado yacía por toda la carretera y debajo del camión había por lo menos cuatro personas discutiendo acaloradamente. Empecé a tener la horrible sensación de que esta plantación de palmeras tan poco interesante tendría que ser efectivamente el campamento número uno, de modo que le propuse a John que fuéramos caminando carretera adelante y que ellos nos siguieran cuando el camión estuviera arreglado. Contempló los trozos de motor espar-

cidos por la carretera, las piernas negras que sobresalían por debajo del capó, y suspiró:

—Sí, supongo que podemos ir andando. Si nos lo tomamos con calma tenemos muchas probabilidades de que nos alcancen antes de que llegemos a Mamfe.

Así que echamos a andar, pero era muy aburrido. Las palmeras no fomentaban la vida avícola y había muy pocos insectos en la franja polvorienta de maleza que crecía en la cuneta. Al poco rato nos alcanzó el camión, en el que todos sonreían y gritaban de alegría como locos.

—Me temo —dijo John— que su confianza en sus poderes mecánicos combinados es inmerecida.

Como el «Godspeed» se volvió a estropear unos ocho kilómetros después, me sentí inclinado a compartir su opinión. La tercera vez que tuvimos avería acabábamos de dejar las últimas plantaciones y estábamos entrando en auténtico territorio de selva, así que no nos disgustó bajarnos y echar a andar por la carretera. El parloteo de los mecánicos aficionados se fue apagando, doblamos un recodo y el silencio de la selva cayó sobre nosotros. Esta era la primera vez que estábamos en una selva de verdad y fuimos caminando despacio, absorbiendo las imágenes y los ruidos, hechizados por todo, ebrios de tanta belleza y colorido. A un lado de la carretera había un profundo barranco, atestado de maleza, al otro lado la ladera en fuerte pendiente. A cada lado se alzaban unos árboles tremendos, a horcajadas sobre sus grandes raíces sustentadoras, cada uno con su capa de plantas parasitarias, helechos y musgo. A través de esta maraña las lianas se abrían paso, desde la base hasta la cima, trazando rizos, curvas e intrincadas circunvoluciones. Al llegar a la cumbre colgaban hasta el suelo de la selva rectas como tuberías. En algunos sitios había huecos que había dejado alguno de los gigantescos árboles al ser talado o al caer por sí mismo, y aquí la vegetación secundaria cubría el cadáver entero y todo estaba invadido por las flores blancas y amarillas oscuras de la correhuela y de otra